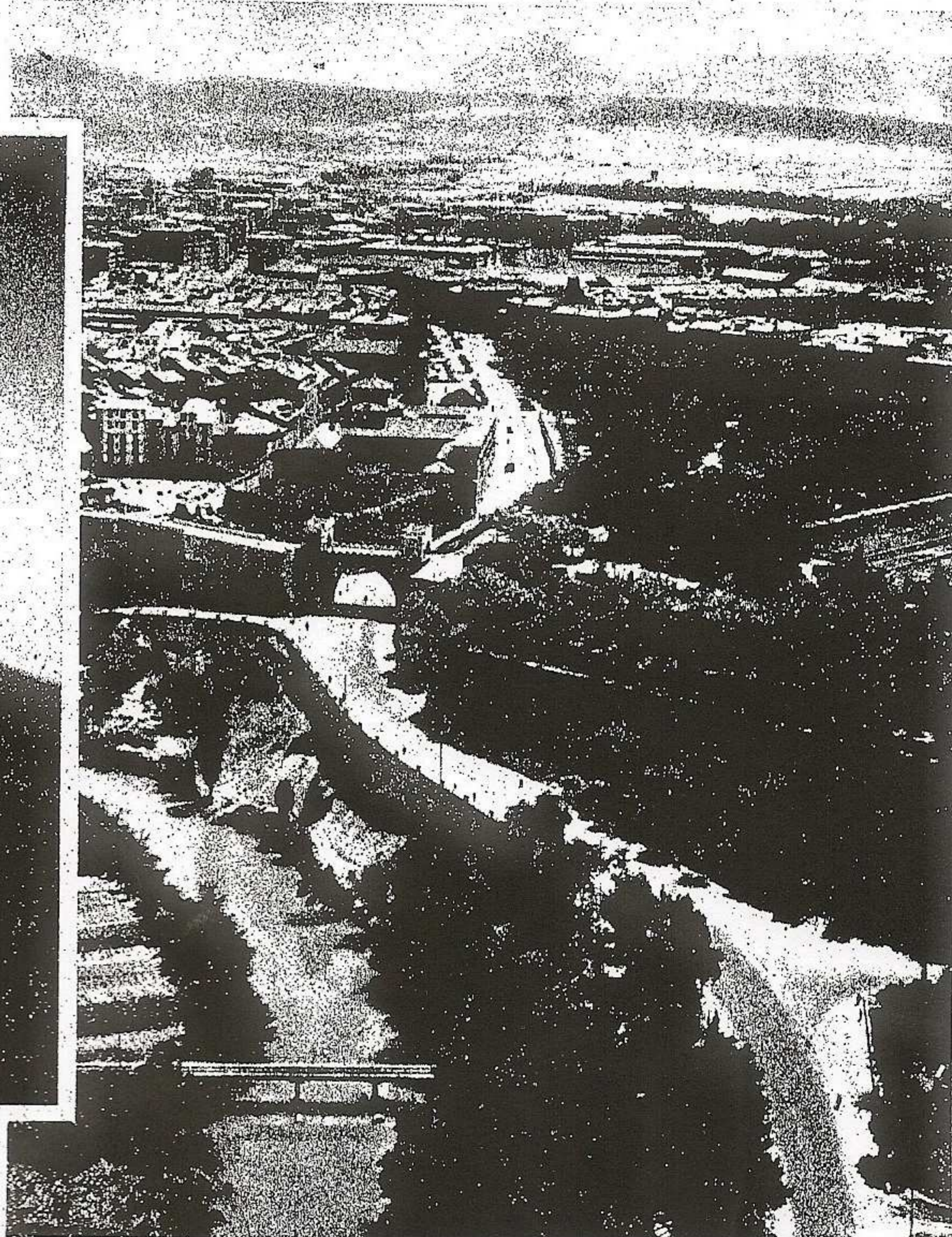


HA MUERTO



«GARCILASO»

Vista parcial aérea de Pamplona, la ciudad donde durante medio siglo, desde 1912 hasta el mismo día de su muerte, D. Raimundo García García dirigió el "Diario de Navarra". (Foto Trabajos Aéreos y Fotogramétricos.)

POCAS veces el talento de un gran periodista, su honestidad profesional y su rectitud política han tenido la oportunidad de ejercitarse ininterrumpidamente durante medio siglo desde un lugar tan destacado y responsable como la dirección de un diario. Este ha sido el caso del veterano admirable al que acabamos de dar tierra en el cementerio de Pamplona: Raimundo García García "Garcilaso", director del "Diario de Navarra" desde 1912 hasta el mismo día de su muerte. Cuando semejante hecho ocurre y su protagonista ha mantenido una laboriosidad impecable y rectilínea, su vida deja tras de sí la estela de una lección moral que merece ser puesta como ejemplo a las gentes nuevas que no han tenido la fortuna de contemplarla desde cerca.

Durante los sesenta años largos de su dilatada carrera profesional, "Garcilaso" no quiso nunca ser más que periodista. Pero supo siempre entender este oficio en su sentido más profundo, sin rehuir ninguna de las pesadas cargas que recaen sobre quien abraza la misión de convertirse en conciencia y portavoz de los demás y de los superiores intereses colectivos.

Llegó a Pamplona, casi niño, a principios de este siglo, para trabajar en un modesto diario provinciano de aquella época tan alejada ya, técnica y psicológicamente, de nosotros. Supo desde el primer momento comprenderse con su tierra de adopción

y aún descubrir a los navarros el paisaje, el estilo y la vida de todos sus rincones. Pero, al mismo tiempo—desde sus viajes y desde su periódico incesantemente renovado en medios técnicos e informativos, y en sagacidad política—, era el puente invisible y eficaz que mantenía a Navarra conectada con la vida de todo el país y con el mundo.

Pronto, la urgente necesidad de España le iba a llevar de lleno a la escena pública y a los grandes problemas nacionales. "Garcilaso" fue uno de los más notables periodistas de la guerra de Marruecos, compañero inseparable de soldados y oficiales en las operaciones de pacificación del territorio. Y sus crónicas, una de esas armas eficaces que defendían en la Península el honor de los militares y mantenían la moral del país y su solidaridad con el Ejército, mientras su periódico era un campeón infatigable y victorioso de la unidad española en las provincias del Norte. Después Primo de Rivera le hizo miembro de la Asamblea Nacional y los navarros le eligieron repetidamente para los Parla-mentos de la II República.

Desde esta triple experiencia política—en Marruecos, en su tierra adoptiva de Navarra, en Madrid—surgió en "Garcilaso" la convicción de que en España era históricamente necesario un remedio heroico para evitar la consumación del caos revolucionario y la disolución defini-

tiva del país. La confianza que en él tenían los generales Sanjurjo, Mola, Fanjul, Goded y el Generalísimo Franco, y su abnegada capacidad de entregarse a las nobles causas, le convirtieron en uno de esos pocos hombres beneméritos a los que España debe el Alzamiento de 1936, y luego la victoria y la paz de 1939. Después "Garcilaso" volvió tranquilamente a su periódico para seguir trabajando afanosamente hasta su muerte.

Si "Garcilaso" hubiera escrito sus memorias, aquellos momentos decisivos de 1920 a 1936 aparecerían más netamente esclarecidos con el testimonio de primera mano y el juicio sereno y experto de un gran español. Pero dos rasgos muy expresivos de su carácter la inhibieron de hacerlo: el respeto a la memoria de los que, en algún momento, erraron o fueron débiles y la modestia huidiza y casi tímida con que esquivaba hasta las más inevitables manifestaciones públicas de su persona.

Este ha sido el hombre y esta la lección que se desprende de su vida, una trayectoria ejemplar, derechamente encaminada al más bello y noble norte que puede inspirar la actuación de un periodista: no desertar nunca de su oficio y ejercerlo siempre, teniendo como suprema inspiración el servicio de la verdad y el de su Patria.

A. FONTAN